

El pensamiento crítico: por qué, para qué y requisitos para desarrollarlo

Autora: Ana Belén Salamanca Castro

Categoría profesional y lugar de trabajo: Diplomado y Grado en Enfermería. Máster en Cuidados Perinatales y la Infancia. Experto en Metodología de la Investigación en Ciencias de la Salud. Directora de la revista NURE Investigación.

Pensar es una de las principales características del ser humano, presente desde etapas muy precoces del desarrollo y que, en ocasiones, ocurre de forma arbitraria o prejuiciosa (1) o sucede fuera de nuestro control consciente (por ejemplo, cuando los pensamientos nos atrapan distrayendo nuestra atención o cuando, precisamente, el esfuerzo consciente tiene como objetivo detener pensamientos que resultan negativos). Además, aunque el desarrollo evolutivo del individuo conlleva una mayor complejidad del pensamiento (que va ganando, entre otras cualidades, capacidad de abstracción), el mero desarrollo ontogénico no garantiza que la capacidad de pensar se desarrolle hasta alcanzar su máxima expresión, ni mucho menos, garantiza que se alcance lo que entendemos por pensamiento crítico.

Desarrollar un pensamiento crítico supone ir más allá de la inherente capacidad cognitiva de pensar, ya que es un tipo de pensamiento complejo que involucra también otras habilidades tales como: comprensión, deducción, categorización o emisión de juicios, entre otras (2). Supone, asimismo, una forma de pensar que puede observarse en las personas genuinamente interesadas en obtener conocimiento y buscar la verdad (1).

Si acometemos la tarea de definir qué es el pensamiento crítico, encontramos que, como en otras tantas ocasiones en las que se desea delimitar un constructo, no hay una definición consensuada de este concepto.

En la bibliografía podemos encontrar **distintas definiciones acerca de qué es (y qué no es) el pensamiento crítico**; un concepto que, como Naessens afirma, en ocasiones se aplica a la persona y en otras para referirse a una corriente educativa vinculada a la teoría y práctica de la argumentación y del razonamiento (3). Esta autora asevera que el pensamiento crítico *"pretende examinar la estructura de los razonamientos referidos a cuestiones de la vida diaria, y por ello se puede decir que tiene una doble vertiente: analítica y evaluativa [...] el pensamiento crítico no tiene un sentido destructivo o demoleedor sino más bien es un pensamiento reflexivo que busca fundamentar adecuadamente las afirmaciones"* (3). Añorve, por su parte, delimita aún más el concepto afirmando que *"un pensador crítico y ejercitado, formula problemas y preguntas con claridad y precisión, reúne y evalúa la información, utiliza ideas abstractas para interpretarla efectivamente, llega a conclusiones y a soluciones bien razonadas y las somete a prueba confrontándolas con criterios y estándares relevantes; piensa con mente abierta dentro de sistemas alternos de pensamiento, reconociendo y evaluando, según sea necesario, los supuestos, implicaciones y consecuencias prácticas de éstos, se comunica efectivamente con otros para idear soluciones a problemas complejos"* (1). Para Ennis (citado por López), el pensamiento crítico *"se concibe como el pensamiento racional y reflexivo interesado en decidir qué hacer o creer. Es decir, por un lado, constituye un proceso cognitivo complejo*

de pensamiento que reconoce el predominio de la razón sobre las otras dimensiones del pensamiento. Su finalidad es reconocer aquello que es justo y aquello que es verdadero, es decir, el pensamiento de un ser humano racional” (2).

Varios son los aspectos aportados en estas definiciones en los que merece la pena detenernos con el fin de identificar cuál es la esencia del concepto, así como los requisitos que ha de tener (o los compromisos que debe adquirir) quien desee desarrollar esta capacidad:

En primer lugar, **el pensamiento crítico puede ser aplicado a las cuestiones de la vida diaria.** El término pensamiento crítico, por tanto, puede (y debe) estar presente ante cualesquiera de las cuestiones que se nos plantean en la vida diaria. Por tanto, se hace evidente la necesidad de fomentar este tipo de pensamiento desde etapas tempranas dentro del ámbito educativo con el fin de conseguir que el alumno fortalezca sus conocimientos, su actividad intelectual, su autonomía, su flexibilidad y el dominio de habilidades que le permitan adoptar un estilo de vida, que luego repercuta en su vida personal y profesional (3).

Sin embargo, la realidad dista mucho de esta forma de enseñar ya que, generalmente, los sistemas educativos facilitan las respuestas antes de que los alumnos se hayan formulado las preguntas y, además, no siempre se ajustan a la capacidad cognitiva que los niños tienen en ese momento de su desarrollo. Así, por ejemplo, se explica que La Tierra es redonda (algo que contradice el conocimiento que nos llega a través de los sentidos, ya que al mirar al horizonte lo que observamos se muestra en un plano horizontal, no circular) antes de que los niños siquiera se hayan planteado esa posibilidad y antes de que sean capaces de comprender por qué gracias a la gravedad, no nos precipitamos al vacío cuando nos situamos en el otro hemisferio. No cabe duda que responder preguntas que aún no se han generado no ayuda a generar un pensamiento crítico, ya que no deja lugar a la duda ni a la curiosidad por aprender; los problemas se solucionan antes de que se hayan generado. Como López afirma, la misión de la escuela no es tanto enseñar al alumno una multitud de conocimientos que pertenecen a campos muy especializados, sino ante todo, aprender a aprender, procurar que el alumno llegue a adquirir una autonomía intelectual. Para ello, el docente

debe actuar más como mediador o indagador que como transmisor de conocimientos. Debe animar a sus alumnos a pensar sobre los grandes problemas, y a descubrir y explorar sus propias creencias, permitiendo una expresión libre de los sentimientos y de las opiniones del alumnado (2). Debe, asimismo, fomentar la curiosidad de sus alumnos.

Por otro lado, **el pensamiento crítico se presenta como un tipo de pensamiento reflexivo** que busca fundamentar adecuadamente las afirmaciones, que requiere formular problemas y preguntas con claridad y precisión, reunir y evaluar la información con el fin de llegar a conclusiones y a soluciones bien razonadas que son sometidas a prueba mediante la confrontación con criterios y estándares relevantes. Pensar críticamente supone, por tanto, emprender el mismo camino que el que se debe realizar cuando se desarrolla un estudio de investigación, puesto que los pasos a dar (que son los que se han enumerado) son análogos a las etapas del método científico, con las salvedades obvias si esta actividad se realiza en el contexto de la vida cotidiana.

Así, el pensamiento crítico se plantea como un ejercicio de reflexión que, para poder ser desarrollado, requiere una mente abierta que sea capaz de navegar dentro de sistemas alternos de pensamiento. Es una actividad cognitiva estrechamente relacionada con la razón, pero con una finalidad propositiva, ya que está orientado a la acción y aparece en un contexto de resolución de problemas (3).

Sin embargo, poder **desarrollar este tipo de pensamiento también requiere unas determinadas condiciones.** La primera de ellas sería la señalada por López relativa a la competencias metacognitivas y la evaluación epistemológica (pensar sobre lo que se piensa), ya que este es el primer paso (y el primer requisito) para que pueda darse el pensamiento crítico (2). En el siguiente nivel de la jerarquía se situaría la necesidad de suspender los juicios y de ejercitar una mente sana con cierto grado de escepticismo, conjugando componentes intelectuales y emocionales, como Dewey (citado por Naessens) apunta (3). Así, no es de extrañar que Kurland (citado por Añorve) relacione el pensamiento crítico con la razón, la honestidad intelectual y la amplitud mental en contraposición a lo emocional, a la pereza intelectual y a la estrechez mental o que pensar críticamente suponga, como Añorve afirma, superar el egocentrismo del ser humano y requiera

flexibilidad para cambiar las prioridades cuando los enfoques planeados no obtienen los resultados esperados, siendo conscientes de que los errores son oportunidades de aprendizaje (1). En esta misma línea, Fancione (citado por López) enumera algunas de las características del pensador crítico, entre las que se encuentran la flexibilidad para considerar alternativas y opiniones, la comprensión de las opiniones de otras personas, la justa imparcialidad en valorar razonamientos y la honestidad para encarar los propios prejuicios, estereotipos, tendencias egocéntricas o sociocéntricas (2). Parece, por tanto, que la honestidad, imparcialidad y flexibilidad mental son tres de las características nucleares que ha de tener quien desee desarrollar esta forma de pensamiento.

Pero **pensar críticamente** no solo exige estas características o compromisos que se acaban de enumerar, **también aporta aspectos positivos en quien lo practica**, ya que, según Añorve, *"el pensamiento crítico puede ser aplicado al desarrollo de una o más competencias, ayudando a la transferencia de conocimientos y habilidades a áreas nuevas, lo que permite la adaptación de las personas a circunstancias cambiantes"*, haciendo que la persona se convierta en un *"transformador de la realidad"* (1). Para esta autora, *"el crítico no es el disconforme que elabora ofensivas sólo para desacreditar, sino el que analiza poniendo en tela de juicio lo que se dice o lo que se hace, fundamentando sus opiniones y dando alternativas"* (1).

De hecho, pensar críticamente, que puede iniciarse como una actividad deliberada y consciente, realizada con la finalidad de reflexionar sobre un hecho concreto (perteneciente o no a la vida cotidiana), llega a convertirse en un proceso que podríamos considerar automático ya que ese espíritu escéptico imbuye a la persona en todos los ámbitos en los que esta se encuentre, determinando una forma de ser y estar en el mundo.

A tenor de lo expuesto, parece imprescindible que la corriente de pensamiento crítico impregne el ámbito educativo porque solo así, educando en esta forma de comprender (y, a la vez, cuestionar)

el mundo que nos rodea, podremos inculcar la curiosidad por aprender y el espíritu de la duda en las futuras generaciones, haciendo que sea la motivación por aprender y por responder preguntas la que guíe la búsqueda de conocimiento. Esta forma de enseñar, además, ayudará no solo a fomentar la honestidad intelectual y a potenciar la amplitud de miras, sino que también promoverá, gracias al escepticismo que debe caracterizar esta forma de entender el mundo, la humildad intelectual y el reconocimiento de nuestras limitaciones para alcanzar el conocimiento sobre el mundo que nos rodea; algo que, en el ámbito científico, se asume desde el inicio al comprender que nunca vamos a alcanzar certezas absolutas, sino que siempre deberemos conformarnos con saber que el conocimiento obtenido es, en mayor o menor grado, probablemente cierto.

Por tanto, como José (citado Naessens) por afirma: *"si por medio de la educación lográramos formar hombres y mujeres transformadores, creativos, con fe y empuje en lo que hacen, que no se conformen con la realidad sino que la mejoren con discernimiento, análisis, buenas razones y coraje, indudablemente nos habremos acercado a uno de los fines más abarcadores de la educación como es el de construir un mundo mejor, más justo y más equitativo"* (3).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Añorve Gallardo A. El pensamiento crítico en enfermería. Rev Mex Enferm Cardiológica. 2008 Sep-Dic;16(3):80-81
2. López Aymes G. El pensamiento crítico en el aula. Docencia e Investigación. 2012 Ene-Dic; 37(22):41-60
3. Naessens H. Comparación entre dos autores del pensamiento crítico: Jacques Boisvert y Richard Paul-Linda Elder. Universidad Autónoma del Estado de México; México: 2015. [Citado 25 may 2018]. Disponible en: <http://hdl.handle.net/20.500.11799/57993>